

No hay que decir que, tan pronto se dió publicidad a este telegrama, la prensa capitalista no dejó dictorio que no lanzó al valiente ex-Secretario. Desde entrometido hasta bolsheviqui, no quedó pluma de alquiler que no se mostrara deseosa de decirle algo grueso y contundente. La acusación que más abundó en su contra fué la de que se aprovechaba del asunto de la huelga para ir creándole popularidad a su candidatura para Presidente de los Estados Unidos. Se le amenazó hasta con la cárcel. Un periódico de Filadelfia, el «Public Ledger», después de invocar una cláusula de la ley de rentas que declara ilegal la divulgación por el Tesorero, o cualquiera de sus subordinados, de los informes que recoja en su capacidad oficial, formula esta significativa pregunta: «¿Cómo va a poder William Gibbs McAdoo presentar su candidatura para presidente desde la cárcel?» Otros periódicos más suaves han insinuado muy en serio que un hombre «de tan poco tacto» como el revelado por McAdoo al entrometerse en la cuestión de los mineros y operadores, no es digno ni de señar con la candidatura de la presidencia.

A pesar de todos estos aullidos periodísticos, que ilustran una vez más al público inteligente acerca del «supremo desinterés» de la Prensa, el famoso telegrama no tardó en dar los resultados que se proponía su autor, pues poco después la gran huelga carbonera de los Estados Unidos quedaba solucionada mediante la concesión, por los dueños de minas, de una parte considerable del aumento que solicitaban en sus jornales los mineros trabajadores.

Las elecciones en Europa

A excepción de los Estados Unidos, los Parlamentos que dirigieron la guerra han sido sustituidos por otros Parlamentos, encargados de la misión de restaurar los simientos de la paz. Según hace notar una revista de Londres, las elecciones recientes en Francia, Italia y Bélgica señalan el paso final en la desmovilización de los Parlamentos de guerra, y ponen a los gobiernos más cerca de la opinión pública actual. Esto, sin embargo, no da una idea exacta de la índole política de los nuevos parlamentos. La principal tarea de éstos consistirá en darle un carácter estable a los presupuestos nacionales, en formular nuevos planes para la reorganización del comercio extranjero, en afrontar los problemas de la depreciación de la moneda y falta de crédito, en establecer las «consabidas» relaciones satisfactorias entre el Capital y el Trabajo, de manera que la producción nacional pueda marchar sin el

obstáculo de la desorganización industrial y de la penuria general. Pero de la manera como los nuevos parlamentos han de conducirse en todas estas cuestiones, no hay posibilidad de hacer conjeturas, por lo menos en el caso de Francia y de Italia, ya que las divisiones de partidos se basaban en otros puntos completamente extraños a los indicados. Acerca de esto nos dice «The New Republic» que es bien curioso el hecho de que los nuevos Parlamentos han de encontrarse en la misma situación de los que había cuando la guerra, esto es, obligados a desarrollar programas de gobierno para los cuales no habían recibido mandato popular alguno. Y sigue diciendo el bien orientado magazine:

“En las elecciones francesas recientes, las cuestiones debatidas por los partidos beligerantes se referían todas a la ratificación de la política de guerra y de paz de Clemenceau y supresión del bolshevismo. Es natural que así sucediera. Ningún país que acabase de pasar por una guerra tal como la que afrontó Francia, podía poner a un lado el record de la guerra y decidirse a votar teniendo solo en cuenta las realidades del futuro. En ningún país hubieran podido los políticos abstenerse de emplear un arma electoral tan cómoda y efectiva como la amenaza del bolshevismo. Pero, no obstante esto, no es posible desconocer que las cuestiones sometidas al electorado son precisamente las de menor pertinencia.

“Ya era sabido que la nación francesa estaba abrumadoramente satisfecha de la política de Clemenceau durante la guerra y un poco menos satisfecha de su diplomacia. Y también se sabía perfectamente que el bolshevismo no constituía una seria amenaza para las instituciones francesas. La clase media urbana es demasiado numerosa y las discrepancias entre el obrero industrial y el labriego demasiado grandes para permitir un movimiento serio hacia el comunismo en el momento actual. Las elecciones sólo demostraron lo que todos los observadores políticos capaces sabían de antemano, esto es, que los socialistas extremos siguen siendo una pequeña minoría entre el electorado, aunque por lo visto no tan pequeña como antes de la guerra, pues si son exactos los informes de la prensa, obtuvieron 1,700,000 votos contra 1,100,000 en 1914.

“En Italia, la amenaza del bolshevismo como arma de propaganda electoral se reforzó con la amenaza del militarismo. A las almas tímidas se les daba a escoger entre la pesadilla de una dictadura mili-

tar y una dictadura del proletariado, ninguna de las cuales, según las señas, estaba muy cerca de realizarse. Los católicos, que antes se habían abstenido de votar, concurrieron a las urnas inyectando así un elemento político nuevo. El resultado, políticamente, es indescifrable. Los socialistas extremos no fueron castigados por el electorado; al contrario, ganaron considerablemente; al paso que los militares tampoco fueron aplastados: en síntesis, no se puede decir qué clase de política es la marcada por las urnas. No hay ni siquiera indicios para vaticinar la actitud del nuevo Parlamento ante problemas nacionales tan debatidos como la cuestión del Adriático. La elección no indica tampoco si Italia será o no será menos proteccionista que antes de la guerra, más o menos inclinada hacia la intervención gubernamental en la industria.

“Las elecciones belgas son las únicas que definen claramente una orientación política decisiva. Bien a consecuencia de la innovación verdaderamente democrática introducida en el sufragio, bien a consecuencia de un cambio general en el sentimiento público, el caso es que el nuevo parlamento representa una desviación tan radical en la marcha política, que el Gobierno se vió obligado a renunciar en masa tan pronto como se conoció el escrutinio. Los socialistas—que allí no están divididos en alas extrema y moderada—dieron un salto prodigioso que les pondrá en posesión de disfrutar, con el auxilio de los liberales, del completo control de la política de la nación. Bélgica no tiene ambiciones imperialistas y esta es quizás la razón de que entre en la era de la paz con partidos políticos organizados sobre la base de promesas categóricas empeñadas al electorado acerca de los problemas domésticos que envuelve la reconstrucción.

“A aquellos que temían que los países latinos estuviesen saturados de bolshevismo, el resultado de las elecciones les alentará profundamente. En cambio, tienen motivo para estar muy descorazonados todos cuantos abrigan esperanzas de que a la tímida y vacilante actuación de los Parlamentos de guerra, sucedería una política vigorosa e inteligente, capaz de emprender respetablemente la rehabilitación económica de la Europa occidental.”

El Tratado y las reservas

El mismo periódico trae un magistral estudio de las probables consecuencias que la actitud del Senado Americano ha de tener

en la política europea. Este trabajo vale la pena de insertarse íntegro. Allá va:

“Dígame lo que se quiera de las reservas del Senado, es evidente que ellas se ajustan al tono general del Tratado de Versalles. Ellas hacen por los intereses especiales de América lo que cada una de las otras grandes potencias habían hecho ya por sus intereses especiales. Según surgió el Tratado de París, estaba basado en la teoría unilateral de que la diplomacia a la antigua de los tratados secretos era válida para Europa, en tanto que la más nueva y más ideal de la Liga era válida para América. Los Estados Unidos iban a garantizar a nombre de una ideal Liga de Naciones, arreglos y pactos basados en las más viejas tradiciones de las cancillerías europeas. El Senado acabó con estas ilógicas presunciones. Las diez reservas del Senado son el equivalente americano de lo del Saar, el cordón sanitario, las reparaciones indefinidas, Fiume y la no debatida cuestión de la libertad de los mares. Ellas, las diez reservas, son tan celosas como celosas fueron estas otras, tan egoístas las unas como las otras, tan provincianas las americanas como las europeas. Las reservas del Senado no fueron concebidas, como no lo fué el Tratado mismo, en interés de la paz mundial; son indiferentes a las consecuencias; están inspiradas solamente en un criterio nacional mediocre acerca del futuro. Las tales reservas indican una perfecta adaptación al ejemplo de Versalles. Si uno de sus principales motivos es la campaña electoral americana de 1920, uno de los principales motivos de las cláusulas de Versalles fué sin duda la campaña electoral inglesa de 1918. No hay diferencia alguna entre la filosofía de Clemenceau y la de Lodge. Ambos están dispuestos a consentir en la simulación de una Liga, siempre que cuenten primero con la conservación del viejo aparato de la llamada defensa nacional. Lo peor que puede decirse del programa de Lodge es que está inspirado en la misma indiferencia al verdadero espíritu de una Liga en que se inspiró el Tratado mismo.

“El ejemplo dado por las grandes potencias inficionó a los pequeños Estados de la Europa Oriental. Las grandes potencias saltaron por encima de su propio programa oficial expuesto en el armisticio y destruyeron así la autoridad moral de las Conferencias de la Paz. Esto dió rienda suelta a los D'Annunzios, los Hallers, los Von der Goltzes y rumanos, que procedieron incontinenti a convertir en comedia la

mayor parte de nuestras rotundas declaraciones. Mediante el mismo proceso, el prestigio del Presidente se redujo a cero. Regresó a América convertido en un hombre fracasado, sin posibilidad de luchar abiertamente por el Tratado. Mucho antes de la enfermedad de Mr. Wilson, su autoridad había desaparecido, e inmediatamente comenzó a operarse en América la misma clase de reacción que se manifestó en Europa. Haberse mantenido dentro de la Liga en los términos propuestos en París hubiera sido, o bien mera simplonería, o una prueba de un idealismo firme y dotado de un discernimiento sin paralelo en ninguna otra parte. Mr. Wilson fué cándido e idealista; los senadores no son ninguna de las dos cosas. Se han mostrado tan prácticos como Lloyd George, tan devotos de la paz mundial como Clemenceau, tan patriotas como Sonnino, tan idealistas como Paderewski. Los Senadores están perfectamente acordes con estos estadistas citados en que no debe sacrificarse nada a la paz futura del mundo. Ellos no hacen más que completar lo que se comenzó en Versalles.

“En nada de esto existe permanencia. Las relaciones permanentes de los estados de Europa no quedaron establecidas en el Tratado; las relaciones permanentes de América y de Europa no quedan establecidas en estas reservas. Ambas requieren una revisión radical para mucho antes de diez años. El Tratado destruye completamente el equilibrio europeo, porque está basado en la teoría absurda de que Europa puede organizarse permanentemente contra Alemania y a despecho de Rusia; las reservas del Senado destruyen el equilibrio del mundo, porque la mayor parte de ellas se basan en la teoría absurda de que Pan-América es un sistema cerrado en oposición al resto del mundo.

“A menudo se alega que las partes malas del Tratado son residuos de la psicología de la guerra. Lo mismo puede decirse de las reservas. Se alega también que la Liga podría remediar los defectos. Todavía sigue siendo eso tan posible como antes. Antes de que el Senado actuase no se podía llegar a ningún buen resultado positivo sino por virtud de un acuerdo general. Ahora que ha actuado, es posible aun llegar a mejores resultados por virtud de un acuerdo general. Este acuerdo general ¿es más o es menos difícil? En cuanto a las reservas que afectan al artículo X, a la separación voluntaria y al boicot, es probablemente menos difícil, porque las

garantías mecánicas desaparecen y el incentivo para obtener un consentimiento es todavía mayor. La cláusula que se refiere a Shantung es decididamente buena en cuanto no le pone el sello definitivo a una intolerable injusticia. Las otras reservas son de dos clases: una clase transfiere el control de los asuntos exteriores a la Legislatura, y en vista del creciente poder del Ejecutivo, es mareadamente buena; la otra clase tiende a poner el sistema americano fuera de la influencia de la Liga. En cuanto a «esta Liga» se refiere, ésta es quizás una precaución justificada, pero debe considerarse puramente como temporal. En un mundo organizado más inteligentemente, tal espíritu de exclusión no puede prevalecer.

“La llave de la paz radica actualmente en la Europa central y oriental. El significado del Tratado tal como ahora está, es que América no se compromete en cuanto a las soluciones arbitrarias que se consignan en él, proponiéndose, sin embargo, participar empíricamente en cada una de las decisiones importantes. Incumbe ahora a los gobiernos de Europa el determinar si la presencia de América en tales condiciones es aceptable. Pero al someter a ellos la decisión de este punto, el preámbulo promueve innecesarias dificultades. En vista del hecho de que todo lo concertado tiene carácter de tanteo, los poderes europeos no deben verse obligados a resolver sobre la aceptación de miembros privilegiados, ni siquiera nominalmente. Esto crea un precedente muy difícil. Se les debe permitir que toleren, más bien que forzarles a aceptar expresamente.

“Finalmente, no hay duda de que la reserva introducida por el Senador Reed acreca de quedar a salvo de proceder libremente en cuestiones que afecten “al honor o a intereses vitales” de la nación, tiende a destruir toda clase de orden internacional, sea bueno, malo o mediano. Los demócratas harían bien si concentraran sus esfuerzos en atacar este punto y el preámbulo; y de los dos, la cláusula de Reed es la única parte absolutamente absurda de todo este asunto. Los demócratas deben aceptar todo lo demás, atacar el preámbulo, y mantenerse sin ceder un ápice contra Reed.

“De todos modos, no ha sido en el Senado, sino en París, que las esperanzas del mundo fueron burladas, y aquellos que ponen fe todavía en una Liga harían bien en no desesperarse al ver que la lógica de Versalles es también la lógica de Henry

Cabot Lodge. El Senador por Massachusetts es efecto y no causa, incidente y no esencia. Como dijo hace mucho tiempo William James: 'La guerra contra la guerra no va a ser cosa tan fácil como una excursión campestre u holgorio de día de fiesta.' La concepción de una Liga de Naciones libres no la puede destruir, ni la Santa Alianza de 1815 ni la tentativa de Santa Alanza de 1919, a ella se llegará. Para aquellos que desean laborar por esa conquista humana, el camino recto está claramente indicado. Surgirá a la vida una liga parcial, sin mucha autoridad y sin ninguna línea lógica de actuación política. De ella sólo puede esperarse una cosa, y por esta cosa debe trabajarse con todo calor y entusiasmo. Esa cosa es que en los próximos años venideros, tan pronto como sea posible, la misma Liga parcial habrá de convocar a un nuevo congreso mundial en el que puedan echarse las bases de una paz permanente y en que la esencia del derecho internacional se ajuste a las exigencias del mundo moderno. La tarea que los estadistas de París hallaron imposible, tendrá que hacerse en otra gran reunión de las naciones."

El General Smuts

Durante el mes de Septiembre, el General Smuts llevó a cabo una excursión oratoria por Sur-Africa, en el curso de la cual expuso sus puntos de vista sobre el Tratado, la Liga de Naciones, y el porvenir de Sur-Africa. Al Tratado lo calificó de "documento duro y excesivamente cruel," en el que los ideales de justicia y democracia por que se luchó en la guerra no han sido consagrados. Se dolió de esto, pero mantuvo que los ideales mismos perdurarían y que en definitiva se impondrían a la conciencia del mundo y triunfarían. Dijo que la guerra había traído el triunfo de los ideales del imperio inglés y que había asegurado al mundo el disfrute de la libertad para siempre. La Liga de Naciones, que él consideraba como una de las más grandes conquistas de la guerra, distaba mucho de ser perfecta. Distaba mucho de lo que él mismo había deseado; que él estaba muy decepcionado por la exclusión de Alemania y de otras naciones enemigas. Manifestó que él creía que estas naciones llegarían a ser miembros de todos modos y consideró que la Liga era un paso hacia un nuevo orden de cosas y que con el tiempo se convertiría en una gran unión de todas las naciones que haría imposible la guerra y establecería la paz universal. De su importancia para Sur-Africa, dijo que bajo la Liga

Sur-Africa queda reconocido como un Estado independiente, como una entidad aparte que participa del carácter de Estado federado dentro del imperio británico, y que sería la mayor de las locuras para Sur-Africa el segregarse del imperio inglés, ya que todavía no es bastante fuerte para subsistir como una república independiente. Declaró que Sur-Africa podía sin dificultad mantener la integridad de su soberanía dentro del imperio. Además—siguió diciendo—la secesión sería anti-constitucional, toda vez que la constitución ordena que haya un parlamento compuesto de Rey, Senado y Cámara, y ninguna de estas entidades puede abolir a la otra. Afirmó que la tarea de Sur-Africa consistía, por consiguiente, en el desarrollo de sus vastos recursos minerales y en la unión de su población blanca, hasta dar completo testimonio de su valor como Estado libre.

Las huelgas en el Japón

Según el periódico «The Japan Chronicle», en el Japón ha habido una epidemia de huelgas en meses pasados. Desde Julio 1o. a Julio 25 estas agitaciones alcanzaron al número de 50, con más de 20,000 personas envueltas en ellas, y desde entonces la cifra ha aumentado rápidamente. En la mayor parte de los casos las huelgas eran por aumento de jornales. En varios casos los patronos se anticiparon a las demandas de sus obreros aumentándoles voluntariamente el jornal, como sucedió en el caso de Tokyo, Denki, Kaisha, cerca de Yokohama, que aumentó los jornales a sus empleados desde un 25 a un 60 por ciento y adoptó la ley de ocho horas. Una de las huelgas más notables ocurrió en una de las casas editoras más importantes del Japón, del 22 al 27 de Julio. Las demandas que en ella se formularon son interesantes porque iban más allá de lo que en las otras huelgas constituía lo reclamado por los obreros. Entre estas demandas figuraba: aumento de salario; descanso dominical con paga; limitación del trabajo nocturno y paga extra por él; protección para los enfermos y para las víctimas de accidentes industriales; mejores condiciones sanitarias en los talleres; y que uno de los representantes de cada sección de la factoría fuese admitido a las reuniones de la Junta directiva de la compañía. En esta huelga, que se llevó a cabo de un modo extraordinariamente ordenado, llegaron a tomar parte la casi totalidad de los tipógrafos, y resultó en la concesión de sus demandas con algunas modificaciones.

Aquilataciones

¡Alto ahí, señor Lugones!

NEMESIO CANALES

(Para salirles al paso a las peregrinas afirmaciones del señor Lugones, suspenso esta vez la crítica que he venido haciendo de la obra dramática de Benavente, dejando así descansar al lector.)

POCAS cosas he leído en estos últimos días tan... desdichadas como el artículo de Lugones «Ante las Hordas», que reproduce este periódico en la sección de «Trabajos Nctables».

Leopoldo Lugones es otra de nuestras grandes, apabullantes reputaciones. Sería, por consiguiente, un crimen el permitirle sin protesta que, usando del grandísimo prestigio de su nombre literario, influya en nuestra juventud intelectual con cosas tan desatinadas y falaces como las que nos endilga en este artículo.

Empieza nuestro aclamado poeta con una disertación histórica bastante larga encaminada a probar... que nos amenaza—a los europeos y americanos—un grande y terrible peligro. ¿Cuál? ¡El peligro amarillo!

Según Lugones, estamos los pobrecitos pueblos de este lado occidental del mapa a un paso de ser invadidos y tragados por una ola amarilla que saldrá de la China y no se detendrá hasta no haber arrasado los tesoros todos de nuestra «grandiosa» civilización occidental.

Parece broma, eh? Pues no, no lo es, lo dice muy en serio, muy enfática y catedráticamente.

¡Ah, mi señor Lugones! Me va usted a perdonar la irreverencia, pero ¿cómo reprimir una sonrisita, un si es no es compasiva, ante sus candorosas alarmas amarillas? ¿Cómo permanecer serio ante el caso pasmoso de parte de los mentes que representa una mentalidad tan encaimbrada, como dicen que es la suya, alumbrando tan aparatosamente las mismas majaderías que ya encontraron albergue en el mediocre espíritu, agresiva-

mente megalómano, del ex-Kaiser alemán? Usted tan alto en la atalaya del pensamiento, dándonos del mundo de ahora y de los problemas de ese mundo la misma pedestre interpretación que nos solían dar hace ya algunos años los militarotes fantaseadores, a quienes les convenía tener siempre escondido en el hueco de la manga un peligrillo militar cualquiera—verde, amarillo o colorado—para hacerse pasar por indispensables.

No hay tal peligro amarillo, hombre de Dios, ni lo hubo nunca. Si lo hubiera, lo tendríamos muy merecido, porque Dios sabe si podríamos pagar, no ya con nuestra piojosa, tuberculosa, infanticida y sanguinaria civilización, sino ni siquiera con nuestras vidas y las de nuestros hijos, la vieja cuenta de robos, desprecios y atropellos de todo género que nos podrían presentar los chinos, y en general los pueblos orientales, el día de una liquidación final. Y esto de que no hay tal peligro, no se lo digo yo por oponer profecía contra profecía, porque en este caso usted tendría cien veces más autoridad oracular que yo, ya que usted se llama Lugones y yo apenas me llamo Nemesio, sino porque estoy cierto de que a cualquiera que piense un segundo le costará muy poco reducir su vaticinio a la categoría de un chiste, con sólo acordarse de que, precisamente por pacíficos por curados del salvajismo militar que usted defiende indirectamente, los chinos no sólo dejaron hace siglos de ser un peligro de agresión armada para nadie, sino que hemos sido y seguimos siendo nosotros los occidentales, con nuestra insaciable voracidad imperialista, con nuestro raterismo internacional a base de armamentos y organizacio-

nes formidables, los que pusimos y ponemos en peligro la civilización y la vida de los chinos.

¿Desde qué observatorio mira usted, hombre de Dios, que no ve que para que haya leñador que ponga en peligro la vida del bosque que tiene que haber antes no sólo el hacha, sino también el hombre que sepa amolarla y manejarla, por haber hecho de su manejo un oficio? ¿Cuándo ha habido olas de hombres invadiendo territorios extranjeros sin que antes de la ola haya habido una organización y un espíritu de conquista guerrera? ¿Y dónde, en qué punto del mundo descubre usted hoy ese espíritu y esa organización de bayoneta calada, como no sea entre nosotros los pueblos occidentales y en nuestro aventajado discípulo, aliado y cómplice el Japón?

Si la China no nos envió la ola amarilla de marras cuando era un imperio, una monarquía absoluta, ¿cómo consibe usted que ahora que es república y que llega demasiado tarde al período de expansión capitalista, y que, además, se halla presa en las fauces del lobo del imperialismo militarista extranjero (europeo, americano y japonés), va a hallarse más dispuesta para esa colosal inundación guerrera que a usted le asusta?

Y aun dando de barato que un pueblo inveteradamente pacífico como el chino se hiciera guerrero de la noche a la mañana, ¿dónde diablos supone usted que iban a encontrar los chinos los millones de millones de pesos que serían necesarios para movilizar y mantener en marcha las enormes masas que supone una invasión armada de Europa? Concediendo que una organización militar tan gigantesca pudiera improvisarse ¿cómo improvisar los préstamos colosales, y las colosales flotas para transporte de material, cuando ahora mismo está la pobre China sudando la gota gorda para que le permitan las grandes potencias colocar un préstamo insignificante con que hacer frente a sus más perentorias necesidades domésticas?

¿No sabé usted, amigo, que desde que salimos definitivamente de las guerras de conquista religiosas los hombres ya no nos matamos al por mayor sino cuando salimos a la conquista de mercados, y que, por consiguiente, los pueblos que amenazan perpetuamente la paz del mundo no son sino aquellos en los que el industrialismo capitalista (que no puede ser sino guerrero) ha adquirido su más alto desarrollo? ¿Y cuáles son los pueblos de expansión industrialista, que es como decir imperialistas, esto, es, salteadores y matones de oficio, en el mundo de hoy? Seguramente que en la lista de estos «avanzados» pueblos aguijoneados de la sed guerrera del capita-

lismo, no figura la China ¡qué ha de figurar!, pero sí figuramos nosotros los demócratas y desinteresados angelitos occidentales: no es ella, pues, la que nos está amenazando de muerte a nosotros, sino nosotros a ella. ¡Hombre, hombre, señor Lugones, ni que viviera usted en la luna se le podía perdonar tanta candidez! No, amigo, el peligro no está fuera sino dentro, no está en las olas chinas, sino en la ola negra de una tradición militarista en esencia que nos viene, no ciertamente de la China, sino de nuestros venerables abuelos, de aquellos nuestros ilustres antepasados que eran en el teatro pintorescos y declamadores caballeros de capa y espada, y en la vida real profesionales del asesinato, cuyo concepto del honor no se elevaba mucho por encima del que podría exteriorizar un toro si hablara. Ese fué y ha sido siempre nuestro único peligro, nuestro gran peligro de perdición.

El militarismo alemán

Después habla usted del militarismo alemán... Dios le conserve por los siglos de los siglos, señor Lugones, todo el tesoro de inocencia virginal que es preciso tener para seguir acariciando la ilusión de que hay dos clases de militarismo, uno malo, muy malo, —el alemán—y otro bueno, muy bueno, el aliado—francés, inglés, japonés, rumano, polaco, etc. ¿No ve usted, alma de Dios, que murió la pepita pero no la gallina? La pepita, la tumefacción militarista alemana, pasó ya, a Dios gracias. Pero está en pie, vivita y coleando, la gallina del militarismo, ya que nadie niega hoy que el sistema de organización y armamento y el culto del militar continúan, y mientras haya gallina tendremos pepita, que si ayer fué alemana, mañana será inglesa, francesa, americana o japonesa. El militarismo aliado—menos musculoso pero más nervioso, más ágil, que el alemán—se batió con éste y se lo tragó y ahora está más gordo, más potente. ¿Qué cree usted, señor Lugones, que el peligro de ahora está en el monstruo tragado o en el monstruo tragador?

El socialismo como invento alemán

Pero no tiene desperdicio el artículo; salimos de un asombro y caemos en otro mayor. Ahora ya no es lo del peligro amarillo, ni el otro peligro del militarismo alemán. Ahora la emprende contra el socialismo, empezando por acusarle de ser un invento alemán. ¡Un invento alemán el socialismo! ¿Y Fourier? ¿Y Babeuf? ¿Y Proudhon? ¿Y Owen? ¿Y Beller? ¿Y tantísimos otros que

cualquiera podría citar en un santiamén con sólo acudir a la primera enciclopedia buena o mala que haya a mano? El castigo que merece el señor Lugones por esta fea vulgaridad de la escuela es que se le imponga el me-

nos». Para el gran Lugones, los grandes pensadores de todas partes que, como Anatole France, Romáin Rolland, Barbuse, Wells y Bernard Shaw, para no citar sino a los más eminentes, han protestado indignados de la

Colectivismo y monarquismo

Pero donde llegamos al colmo es cuando dice aquello de que

“el socialismo congenia más con la monarquía que con la democracia, al ser ambas formas del colectivismo despótico. La dictadura proletaria es la sustitución de la dictadura nobiliaria bajo una misma tiranía permanente: ideal de esclavos, que, como es natural, debía nacer en una autoocracia militarista. Pues el socialismo, no hay que olvidarlo, es un invento alemán.”

Quiere decir que en opinión del señor Lugones, socialismo y monarquía son la misma cosa, porque ambas son “formas del colectivismo despótico.” ¡Qué atrocidad! Colectivismo la monarquía... ¿De dónde saca estas cosas tan chuseas el señor Lugones? Si la monarquía, que en su esencia es la voluntad de uno—del rey—imperando sobre la de todos, le parece colectivista, ¿qué forma de gobierno le parecerá bastante unipersonal para no merecerle el despectivo nombre de colectivismo? Si los alemanes eran malos, porque sufrían la férula de un solo hombre—el Kaiser—y ahora, porque han reemplazado la férula del Kaiser por la férula del pueblo, bajo el régimen nuevo (tímidamente socialista), siguen siendo malos, y aun peores, en concepto de Lugones, ¿qué forma de gobierno podrían adoptar que fuera del gusto de éste?

¡Qué terrible ensaladilla la que forma nuestro insigne esteta argentino barajando sin ton ni son los conceptos más contradictorios! Por un lado nos habla mal del colectivismo socialista, y por otro lado nos habla peor del monarquismo que es su antítesis. Por un lado nos dice que “el hombre sólo por ser hombre es conciudadano de todos los demás hombres” y por otro lado llama traidores a los socialistas, precisamente porque, en obediencia a esas mismas ideas, tratan de echar abajo los muros y los trapos de colores que separan a un pueblo de otro. Por un lado nos dice que empezamos a reconstruir “un mundo fraternal,” y por otro colma de denuestos a los mismos socialistas (palo si bogas y palo si no bogas), precisamente porque éstos han abogado por que se trate a los enemigos de ayer y vencidos de hoy, no como a enemigos vencidos, sino como a hermanos, único modo de acabar con los procedimientos de violencia del mundo viejo que nos llevó a la guerra y echar las bases del “mundo fraternal” que dice querer el señor Lugones. ¿En qué quedamos, amigo Lugones? ¿Quiere usted que haya hermanos? Pues trate a las gentes con bondad, no sólo al

amigo sino al enemigo. ¿No se siente usted capaz de procedimientos de bondad? Pues no hable de fraternidades. Porque el abogar por las dos cosas al mismo tiempo—en una mano el nudoso garrote del gorila y en la otra el ramito de oliva—es, por lo menos, dar lugar a que se diga de usted que habla por hablar, por oírse, como los papagayos.

Suma y sigue

Pero... ¿creían ustedes que paraban ahí las contradicciones? Pues no, señor; no paran. Todavía quedan dos contradicciones más—si es que no se me han escapado otras, ¡son tantas!—cuyo único comentario adecuado debería ser música, musiquita guasona de género chico.

Por un lado nuestro gran Lugones condena “el aislamiento medioeval que del feudo saltador engendrara a la nación bandida... etc.”, y hace, o parece que hace, la apología del espíritu internacionalista y universalista, en oposición al nacionalismo y al patrioterismo, y por otro lado... ¡pum! Ved con lo que se nos desuelga:

“Así hemos quedado mal ante la opinión pública de los Estados Unidos, Italia y Francia, o sea, en estos dos últimos casos, los únicos grandes países que saldrán incólumes del próximo desbarajuste europeo, al ser también los únicos entre aquellos donde nadie quiere ser otra cosa que italiano o francés.”

¿Se enteran ustedes? Francés, o italiano, o argentino, siempre y por encima de todo, es su receta para ser grandes. ¿Cómo se compagina esta profesión de fe nacionalista, de carácter tan exclusivo y rabioso, con lo anterior? ¿No es este el medioevalismo bárbaro que condenaba unas líneas antes? ¡Bendito sea Dios! ¡Y pensar que es un Lugones, todo un hombre-cumbre de los nuestros, quien desbarra de tan lamentable manera!

La dictadura proletaria

Y ahora llegamos al clímax, a la más despatarrante de las contradicciones. Oid. Habla otra vez la cumbre:

“La dictadura proletaria es la sustitución de la dictadura nobiliaria bajo una misma tiranía permanente: ideal de esclavos que, como es natural, debía nacer en una autoocracia militarista.”

¿Quiérese una condenación más airada y terminante de todo sistema colectivista que esto que acabamos de transcribir? Pues bien; de la pluma mismísima que formuló ese anátoma, salió esto otro que váis a oír:

“Al propio tiempo habrá que resolver

con intrepidez los grandes problemas de justicia humana cuyo fundamento material consiste en la posesión de la tierra por el hombre: que el hombre, como «rey de la creación», no resulte, por siniestra paradoja, esclavo del hombre, sino dueño como cualquiera o como todos, y en consecuencia trabajador y usufructuario del bien común de la tierra. Países como estos, donde hay más tierra que hombres, son los que pueden hacerlo sin violencia, realizando la perfección de la patria. Pues sólo resultará perfecta aquella patria de la cual sean efectivamente dueños todos los ciudadanos.”

Otra vez se nos abre desmesuradamente la boca en el paroxismo del asombro y nos preguntamos si este Leopoldo Lugones que suscribe estas atrocidades es el mismo Leopoldo Lugones de quien tantas alabanzas le oímos a la fama. ¿Será posible que este señor no advierta que eso que él dice de hacer que el hombre deje de ser “esclavo del otro hombre” para convertirse “en dueño como cualquiera y como todos, y en consecuencia trabajador y usufructuario del bien común,” es precisamente lo que constituye la base del programa socialista y lo que, combatido fieramente por los imperialistas, ha implantado en Rusia el maximalismo?

Amigo, si no habló usted por hablar, por hacer frases, como solemos hablar todavía los oradores y literatos hispano-parlantes, dignese usted decirme cómo sería posible sin colectivismo resolver el problema fundamental de justicia humana de que usted nos habla, en el sentido de acabar con la esclavitud. Una de dos, amigo, una de dos: o está bien el hombre como está, y entonces no hay tal “problema de justicia humana” ni tal “siniestra paradoja,” como dice usted, en que “el hombre, rey de la creación, resulta esclavo del hombre,” o es verdad lo del problema fundamental y lo de la esclavitud del hombre rey. Si lo primero, si está bien todo tal como está, no hay más remedio que declararle a usted culpable de hablar sin pensar, por dar gusto a la lengua o a la pluma; pero si lo segundo, esto es, si hay injusticia social que reparar, si hay esclavitud económica que destruir, otra vez una de dos: o está usted contra el colectivismo en cualquiera de sus formas, o está usted con el colectivismo. Si lo segundo, si está usted con el colectivismo, toda esa pirotecnia retórica que usted se gasta contra lo que usted llama “el gobierno de las plebes engeguecidas,” carece de sentido; y si lo primero, si es usted antiolektivista, ¿cómo se explica que usted quiera y no quiera al mismo tiempo las mismas cosas? ¿No

quedamos en que el hombre debe ser al mismo tiempo trabajador y usufructuario de los bienes de la tierra? Pues ¿cómo puede usted querer esto y al mismo tiempo no querer el sistema socialista o colectivista, que es el único camino que lleva a ese fin? Si quiere usted el efecto ¿cómo puede usted dejar de querer la causa? ¿Cómo puede usted aspirar a la emancipación económica del hombre de hoy, si al mismo tiempo le hace tales ascos a eso que usted llama la dictadura del proletariado? ¿Cómo? ¿Le asustan a usted los nombres, las palabras, como a un burgués cualquiera, sin pararse a considerar lo que hay detrás de las palabras? Vamos a ver; ¿qué hay detrás de esas palabras que a usted le horripilan?

Por muchas vueltas que le demos, no hay sino una cosa sencillísima, que es raro que antes no se le hubiera ocurrido al mismo Pero Grullo. ¿Qué es, amigo mío, lo que se quiere decir en realidad cuando se dice “dictadura del trabajador”? ¿Una nueva y más espantosa forma de tiranizarnos los unos a los otros? No. Al contrario, la negación de toda posibilidad de tiranizarnos los unos a los otros. ¿Por qué? Muy sencillo, porque... ¿es o no cierto que en una sociedad bien constituida nadie debe vivir a expensas de los demás, consumiendo sin producir, a excepción de los incapacitados por la edad o invalidez corporal? ¿Es o no cierto que la única ley que debe pesar igualmente sobre todos, para que no exprima o aplaste a los unos en beneficio de los otros, como sucede hoy, debe ser la del trabajo? ¿Es o no cierto que en una sociedad bien constituida, a base de justicia, todos los no incapacitados hemos de poseer la condición de trabajadores?

Pues si hemos de ser trabajadores, decir dictadura de los trabajadores vale como decir dictadura de todos por todos. ¿Y qué es, a qué se reduce, en realidad, una dictadura de todos por todos? ¿Decir esto no es lo mismo que decir dictadura de nadie por nadie?

¿Ve usted, señor Lugones, cómo la dicha dictadura esa sólo puede espantar realmente a los que sienten horror ante la mera posibilidad de que un día sus ilustres personas tengan que doblarle el lomo al trabajo, pasando del estado deshonesto y corruptor de parásitos al estado honroso y regenerador de productores en bien de la comunidad?

Pero es que usted, como muchos liberales a la antigua, se ha quedado rezagado, hipnotizado aún por el aparatoso e infantil individualismo de Spencer y comparsa, arrinconado definitivamente desde que caímos en la cuenta de que la mejor defensa con que

cuenta el sistema plutocrático de hoy, es, precisamente, el necio «laissez faire» individualista que dejó a los más a merced de los menos. El trasnochado ensueño individualista de la soberanía suprema de cada hombre estaría bien para andar a gatas por los montes, pero no para vivir en sociedad. El mundo de hoy no quiere ni naciones supremas, ni hombres supremos. Si ha de haber sociedad, ésta tiene que asegurar la producción, base indispensable de su existencia, y para asegurar la producción, tiene que establecer la contribución individual y forzosa del trabajo, y por consiguiente, deberá poseer autoridad suficiente para exigirnos a todos esa contribución. He ahí el colectivismo, en reemplazo del cual sólo tendríamos la falacia del individualismo que, tonta o hipócritamente, aspira a hacer del hombre lo que ha hecho de las nacionalidades: entidades soberanas, sin ley ni cortapisa que las regulen y armonicen, dando lugar inevitablemente al sistema de la competencia, del cual se pasa, inevitablemente también, como hemos visto, al sistema del robo y del asesinato, y de éste al garrote y al grillete del tirano. No hay términos medios: o individualistas con todas sus consecuencias, incluso el canibalismo si es preciso, o el colectivismo con su consecuencia lógica del reconocimiento, por el individuo, de la superioridad de los fines sociales sobre los fines individuales.

Siento terminar. Siento terminar, porque

quedan en el tintero cosas muy graciosas todavía (¡es inagotable este señor Lugones!); queda, por ejemplo, aquello de que el ideal de la tierra para todos

“no es un ideal de comunista, sino una declaración legal formulada, hace más de dos mil años, por Tiberio Graco, caballero de Roma.”

¿Puede haber chiste de almanaque más delicioso? ¿A quién no hace cosquillas el asegurar con tal prosopopeya que lo de la tierra para todos no es un ideal comunista, sólo porque a un señor Tiberio Graco se le ocurrió hacerlo ley hace dos mil años? ¿Y quién no se muere de risa ante el aplomo con que defiende y aplaude en el señor Tiberio lo mismo que condena y odia en los maximalistas?

¿Y qué decir de aquello de que la organización política y territorial de la China es, prácticamente, “un socialismo milenario”? Socialismo del imperio chino; socialismo del imperio romano, bajo Tiberio Graco: socialismos con castas privilegiadas, con nobles y plebeyos, con ricos y pobres, con señores y esclavos, con látigo, Cristo con pistolas: ¡vaya un concepto del socialismo que tiene el gran Lugones! Pero, además, ¿no habíamos quedado en que el socialismo lo habían inventado los alemanes? Ay, señor Lugones, ¡qué cosas tan saladas, de música de tango o de fandango, las que se trae usted!...



Impresiones del camino

Carta político-pedagógica

Al Ciudadano Secretario de Instrucción Pública señor don Joaquín García Monge.—
San José, Costa Rica

S EÑOR: he visto con enorme regocijo que al restaurarse su soberanía el pueblo de Costa Rica, entre otras buenas señales de la regeneración política y social que se avecina para vuestro país, el gobierno provisorio del señor Aguilar Barquero se ha iniciado con un acto de Justicia para el magisterio costarricense al designar en vuestra persona a uno de sus miembros más distinguidos para desempeñar la cartera de Instrucción Pública. Vuestra designación para tan elevado cargo, es, en mi concepto, el mejor y más acertado homenaje que el Gobierno podía hacer al gremio que ha dado mayores pruebas de civismo, en los momentos más críticos y humillantes del régimen terrorista que acabáis de extirpar en sus raíces, y que fue en la pacífica historia de vuestra República, la más pequeña, pero la más civil de América, nada más que un horrible sueño de pesadilla, totalmente desvanecida hoy al clarear la nueva aurora de libertad y justicia.

A mi paso por vuestra deliciosa capital, dende el torrente de los acontecimientos revolucionarios encontrándome en el camino me arrastró consigo, hermanándome desde ese instante en cuerpo y alma con vuestro gremio que es también el mío, no tuve la suerte de encontraros, pero sí de conoceros a través de un grupo admirable, altivo, inteligente y batallador de jóvenes maestras que fueron vuestras alumnas, las que, tantas veces y con tanta devoción admirativa, me hablaron de su eselarecido maestro. Aplicando el aferismo bíblico de que el árbol se conoce por sus frutos, yo os he juzgado sin conoceros personalmente, como un educador de verdad, tipo de selección espiritual de aquellos que no pasan de largo por la vida sin tardar en ser descubiertos por la huella luminosa que su sandalia de apóstol va dejando a lo largo del camino.

Yo tengo un muy alto y un muy bajo concepto del maestro de escuela, según sea éste

un inflamado servidor de los ideales superiores de la democracia social, o un simple ganapán, sin fervores ni ideales de ninguna clase en el desempeño de su oficio. Nada hay que me desconseue tanto, como ver a esos dómicos del Estado convirtiendo las escuelas públicas en presidios de la niñez, porque ellos creen ingenuamente que educar almas es lo mismo que domesticar fieras o amaestrar animales de circo. Anacoretas encargados de conducir de la mano caravanas de ciegos a través de un mundo y una época que ellos no comprenden... esó es el cuadro gráfico que presentan a mi espíritu los maestros de escuela sin ideades libertarios de la educación. Verdadero maestro es, en mi concepto, el que hace discípulos, como los hizo el sublime carpintero de Galilea entre humildes pescadores y oscuros hijos del pueblo, o como aquel otro enfervorecido cultivador de almas que se llamó Pestalozzi, cuyos postulados pedagógicos nada valen comparados con el tesoro inmenso de amor y de bondad con que abonara la dura tierra humana que sus manos cultivaron. Y es que educar no es simplemente transmitir conocimientos, sino inyectar ideales. En tal sentido os creo un educador, y es, realmente, un ejemplo digno de ponderarse y que ojalá encuentre imitadores, el que da Costa Rica a los demás países de América haciendo ministro del ramo de la Instrucción Pública a aquellos educadores de ciencia y conciencia con los cuales está endeudada la cultura nacional.

Nunca realizó un acto más glorioso, para mí, el pueblo argentino después del de la revolución de mayo de 1810, que el acto de llevar a la Presidencia de la República a un maestro de escuela. Aquel maestro de escuela que era el más grande educacionista de su época, resultó ser también el más grande de los estadistas argentinos y su obra civilizadora vale por la de diez generaciones de políticos en mi país. Os hablo de Sarmiento.

Pero el objeto de esta carta no es llenaros de loas más o menos halagadoras a vuestro amor propio, sino exhortaros en nombre del honor profesional y frente al ejemplo de Sarmiento, para que aprovechéis la brillante

oportunidad que se os brinda e iniciéis desde el seno de ese honorable Gobierno, una obra positivamente redentora para los destinos futuros del país, que acaso podrían imitar los pueblos hermanos del Continente. Esta, consiste en el arte de emancipar la educación de la política; no en el sentido de negar a los políticos el derecho a entrometerse en los asuntos de la educación. Toda reforma de detalle será inútil, pueril, mientras subsista el absurdo sistema administrativo de la enseñanza que pone las escuelas en manos de los políticos invariablemente desalumbrados en la materia, en vez de ponerlas en manos del pueblo y el magisterio, ya que el uno es el verdadero interesado en tutelar el más sagrado de sus intereses: la educación de sus hijos, y el otro, el más apto para desempeñar las funciones técnicas propias del oficio.

El pueblo de Costa Rica es un pueblo inteligente que ha alcanzado un alto grado de cultura colectiva y el magisterio de ese país ha dado, a su vez, pruebas irrecusables de que antes de unirse al carro de los tiranos prefiere sacrificarse a la causa de la libertad. ¿Cómo dudar, pues, de que es allí, en vuestro país, donde el suelo está mejor abonado para realizar con éxito tan hermoso ensayo? ¡Y especialmente en estos momentos en que hasta el clima moral es tan propicio a las grandes, noble e intrépidas empresas de la inteligencia que sirvan para apresurar la evolución social de vuestro pueblo!

Después de echar abajo un régimen autocrático, urge, igualmente, desmontar el sistema de la autocracia en la vida institucional. Yo os aseguro que el sistema de administración escolar en Costa Rica, es excelente como instrumento de una oligarquía más o menos dictatorial, pero es funesto como instrumento liberador de una democracia genuina. No debe ser el Gobierno por intermedio de ninguno de sus Secretarios de Estado quien «quite y ponga» a los funcionarios de la enseñanza, por la sencillísima razón de que el Gobierno no es quien puede aquilatar los valores profesionales de cada educador, prevaleciendo entonces, como es natural, el régimen del favoritismo, que es el de la inmoralidad, porque es el sistema de corromper al gremio encargado de forjar el carácter cívico del futuro ciudadano, y corromper al magisterio es encallar a la nación.

Con solo cambiar el texto de los artículos de la ley de educación vigente que se refieren a las supremas autoridades escolares, diciendo, verbigracia: "El gobierno de la instrucción primaria (secundaria y normal) estará a cargo de un Consejo Nacional de Educación elegido por los padres de los escolares y los maestros de escuela conjuntamen-

te, etc.," se habría dado el salto más heroico en materia de legislación y el paso más seguro hacia el progreso inmenso de la cultura pública. ¿Quién mejor para proveer a las necesidades públicas que aquellos que las sufren directamente? ¡Ah, ya sé que se os dirá que el pueblo no está preparado todavía para tales funciones ni para tales ensayos! ¡Menos lo están los intelectuales retardatarios y los «ilustres estadistas» como suele denominarse enfáticamente a los alpinistas de la política criolla, hombres cultos por las tapas, pero con una suprema ignorancia de cada uno de nuestros grandes problemas sociales, en particular. Entre el pueblo, que es la suma de todas las voluntades individuales, hay al menos la ventaja sobre los llamados estadistas de que éste lo aprende todo y todo lo impulsa en su incesante dinamismo, mientras que aquéllos son de los que «nada olvidan y nada aprenden» en el Poder.

En la sociología como en la biología es igualmente cierto que la función hace al órgano. Así es natural que a los pueblos que se les confía la función de la democracia social, sean pueblos dotados de la capacidad más evidente para la democracia, tales los pueblos de origen sajón y viceversa: los pueblos relegados al papel automático de la obediencia, es decir, que no deben hacer, ver, oír ni hablar, sino con las manos, los ojos, el oído y la boca de sus amos, son, en cambio, pueblos espiritualmente atrofiados para el pleno ejercicio de su soberanía, que es lo que pasa en la mayoría de los pueblos de nuestra raza. Pero saliendo del mundo de las teorías que suele ser donde les gusta navegar a los eruditos abúlicos, para movernos en el mundo experimental de la realidad, que es donde comprueba el hombre de acción el valor positivo de sus ideas, yo os declaro que allí donde se ha confiado al pueblo el gobierno de la educación, es donde ésta ha alcanzado mayor desarrollo y notoriedad y es donde dichos pueblos han adquirido más rápidamente la capacidad de auto-gobernarse que es la finalidad práctica en toda democracia práctica y verdadera.

Si Costa Rica fuera el primer país de Hispano-América que llevara a cabo esta reforma fundamental de la educación, estoy seguro de que Costa Rica habría sido el heraldo de una etapa nueva de la pedagogía social en nuestro Continente que los demás países se verían obligados a adoptar francamente, so pena de quedarse a la cola de la ciencia y la política de la educación.

El magisterio de Costa Rica, a su vez, convertido de simple dómine del Estado en servidor directo del pueblo, se habría dignificado económica, social e intelectualmente

en tal medida, que de él saldrían inteligencias claras y robustas, libros sólidos y útiles, iniciativas hermosas y saludables, pero sobre todo, generaciones de hombres integrales sin el hemafruditismo moral de los tiranos y los esclavos, ambos igualmente culpables de todos los despotismos que tanto han escañecido y degradado a estos desventurados pueblos de América.

«La unión del magisterio» será la granítica roca donde se echen los cimientos de la pequeña República escolar que me permito auspiciar con todo el fervor de mis entusiasmos intelectuales. Ningún prejuicio ni ningún rencor deberá romper la unidad del gremio; y los pecados de debilidad que algunos de ellos hayan cometido en los momentos de prueba de la pasada lucha, deberán piadosa y fraternalmente ser arrojados al olvido. En lo sucesivo, los débiles se harán fuertes al convencerse de que la solidaridad es el mejor escudo y la mejor espada para las defensas del derecho, la libertad o la justicia.

Os suplico me perdonéis este arresto de aparente arrogancia intelectual que a otro hombre sin vuestra inmensa bondad le parecería un desplante de exhibicionismo, el cual no es sin embargo, sino un simple estallido de sinceridad ingenua emanado de un desinteresado amor por los individuos y las cosas de vuestro país, tierra de promisión y de encanto, donde ningún extranjero se siente extranjero, porque todo enfermo corazón cura allí sus nostalgias y saudades, donde todo parece permeable a la luz y al amor, donde yo he respirado una balsámica atmósfera de inefables simpatías y donde por natural impulso hice tan mía como el más entusiasta de vosotros la causa de vuestra revolución. Ojalá ésta pueda cumplir sus ideales regeneradores y vos seais el instrumento encargado de tan alta misión en lo que respecta al campo de la instrucción pública.

Tales son los deseos y también los mejores augurios de vuestro admirador y amigo,

JULIO R. BARCOS

Carta de un ateo en Política

A don Julio Acosta, candidato único a la Presidencia de la República de Costa Rica

Egregio ciudadano:

Vuestro pueblo os ha hecho el justiciero homenaje de recibirlos con los brazos abiertos y la explosión jubilosa de los grandes amores con que recibe a los héroes que salieron ayer del terruño, expatriados por afrentosa tiranía, para volver hoy trayendo sobre la denonada frente el laurel victorioso de los libertadores. Yo me adhiero, como ciudadano del mundo que ha entregado su alma a la causa universal de las libertades humanas allí donde ésta la encuentra en el camino, al delirante alborozo con que habéis sido agasajado por todo vuestro pueblo. Aun cuando materialmente no haya sido el puñado de valientes costarricenses que os acompañaron en la Revolución quienes obtuvieron la victoria en la lucha desigual que librasteis sin desmayos contra las fuerzas veinte veces mayores del enemigo, moralmente la victoria es vuestra y lo es también de todos aquéllos que no se intimidaron ante el plomo y el machete de los sayones, sino que incendiaron con su voz de protesta el ambiente nacional, de tal manera sobresaturado de iras santas, que al

fin éstas se descargaron en el rayo que fulminó instantáneamente a uno de los déspotas.

Es un caso más para la Historia el caso de la Revolución de Costa Rica, en la cual se ha palpado que es más fuerte, más invencible un ejército desarmado de hombres, mujeres y niños, pero inflamado por el inmenso fervor de la libertad, que un ejército erizado de bayonetas y cañones al servicio de cualquier ominosa tiranía. Gran consuelo, por cierto, para los que creemos que en el mundo civilizado la fuerza de la razón va triunfando cada día más sobre la razón de la fuerza. Desde lejos he asistido a lo que pudiéramos llamar la gloriosa pascua cívica del noble pueblo cortarricense y pocas veces se ha conmovido mi corazón con tanto entusiasmo como cuando he visto a través de la prensa de San José los desbordamientos del alma nacional en los días que sucedieron al triunfo de vuestra causa revolucionaria. Os advierto que yo no ereo en las revoluciones políticas que son el pan nuestro de cada día en Hispano-América, porque generalmente tienen por fin único la sustitución de amos. Ellas constituyen una de nuestras plagas sociales y sólo han servido hasta hoy para consolidar las dictaduras y la brutalidad del

militarismo. Pero el caso de vuestra Revolución fué diferente; no hubo idolatrías caudillescas ni divisas partidaristas, sino la sublevación de un pueblo pacífico, laborioso y culto contra un régimen humillante de violencia, latrocinio y depravación llevado a un extremo al que no habían llegado nunca los gobernantes más o menos oligarcas de vuestro país.

Porque creo que sería un crimen desprestigiar la lección de tales hechos, y por que confío en que seréis buen cirujano para cortar sin cobardía todo lo que halléis podrido, averiado o enfermo en vuestro organismo político, económico y social, so pena de que el cáncer se desarrolle nuevamente y os conduzca a la muerte; porque amo a vuestro pueblo que juzgo el más permeable de América a los ideales avanzados del siglo, y por que os profeso, particularmente, una viva simpatía y me honro en llamarme amigo vuestro, es que me tomo la libertad de dirigiros esta carta para gritaros al oído, en el lenguaje liso y llano, franco y enérgico de la sinceridad más completa, oportunos alertas contra los peligros del camino una vez en el poder, desde donde ya no se ven las cosas del mismo modo que se veían desde la llanura.

Empiezo por deciros que es una ilusión creer que ha terminado la batalla con el régimen de la tiranía. Para vos particularmente, señor, es ahora que empieza vuestra jornada heroica. Es más fácil librar batallas sangrientas con la espada que librar batallas sin sangre desde el poder con los demonios perturbadores y corruptores de la política subterránea que enreda, intriga, traiciona y enloda a los hombres que sólo llevan por arma la sinceridad y por égida la pureza de sus intenciones.

El primer acto de la Revolución fué la caída del tirano; el segundo acto deberá ser la abolición del régimen que engendró a ese tirano. Porque no escapará a vuestro esclarecido espíritu de que los Tinoco no fueron «causa» sino simplemente «efecto» de un sistema con anterioridad corrompido, de la misma manera que la pústula no es sino la erupción de los gérmenes patógenos que envenenan todo el organismo. Vuestro organismo político y social estaba, también, contaminado por vicios y corrupeiones que vienen de lejos, desde las alturas del poder y de cuyos vicios fueron cómplices todos los hombres que pasaron por el Gobierno, aun aquéllos llenos de falsas pulcritudes que recogieron su blanca túnica para no salpicarla de lodo, ensayando como los histriones de la escena al abandonar el tablado, frases de efecto, frases de orgulloso ingenio... ¡oh los reyes de la

frase...! para embaucar a los Lobos y acaso para disimular ante sí mismos los propios fracasos, no con el oficio de hacer frases hermosas que en eso son maestros, sino con el oficio de ser hombres completos, hombres integrales, dignos del honor de la confianza nacional y no estafadores vulgares de la opinión pública.

Yo veo dos etapas claramente definidas en la Historia política de Costa Rica. La de las oligarquías más o menos tenebrosas y dictatoriales, representada por lo que vosotros llamais muy donosa y perspicazmente el Olimpo, cuya duración alcanza hasta vuestro superhombre don Ricardo Jiménez y el comienzo de una era nueva de regeneración de las viejas mañas políticas, de adoctrinamiento social y económico de la democracia, que empezó con el infausto Gobierno de González Flórez para interrumpirse con la traición de los hermanos Tinoco, apoyados por la cobardía inaudita de todos los áulicos que rodeaban a aquél, los cuales no vacilaron en vender a Jesucristo y en vestir el delantal blanco de los sirvientes, para reanudarse, por fin, hoy, con vuestro Gobierno apoyado por la opinión casi unánime del país.

Yo sé que sois hombre del presente con visiones claras del futuro; yo sé que por no admitir complicidades con el pasado os expatriasteis para volver convertido en legionario victorioso de la libertad, sé que fuisteis uno de los más leales y fervientes colaboradores de la gran obra reformista de González Flórez y sé también que no se os escapa que es preferible desafiar a la hidra del Olimpo antes que defraudar las esperanzas de vuestro pueblo, hoy mucho más apto que ayer para ejercer en cualquier momento enérgicamente su soberanía.

El camino de vuestro Gobierno será un camino entre dos abismos: de un lado estará la guerra sórdida de los jesuitas blancos, quizá a la fecha mezclados en el número de los amigos que os miman y abrazan, y del otro lado el desencanto del pueblo que, en lo sucesivo, yo creo que le será fatal a cualquier mandatario que se aparte de sus aspiraciones. La tiranía ha sido un cauterio muy enérgico pero muy saludable. El pueblo ha despertado de su inercia y de su abulia. Ha aprendido después del incendio a hacerse bombero para defender del fuego su propia casa. Si los gobiernos anteriores lo servilizaron un poco y lo hicieron otro poco escéptico, hoy está de pie, hoy tiene conciencia de su poder, hoy tiene ideales cívicos y ya empieza a tener los mismos ideales avanzados que en las naciones de Europa están dando en tierra con el viejo armazón de una sociedad enferma, basada en la iniquidad y el privi-

legio de clases para sustituirla por un nuevo orden de cosas basado en la justicia social y el respeto a la dignidad humana, la cual será palabra hueca mientras haya en el mundo amos y esclavos.

Desconfiad señor, de los «expertos políticos» y confiad en cambio en el pueblo, es decir, coged el camino opuesto al que han cogido hasta ahora esos llamados expertos y éste os conducirá recto a la victoria, ya que el otro sólo condujo, hasta ahora, al fracaso y la deshonra a los políticos de la mala fe que por él se internaron. ¿Qué mejor pedestal podéis ambicionar para vuestra gloria que la confianza del pueblo y qué mejor aliado para el éxito de vuestra gestión administrativa que el dinamismo social de sus grandes energías propulsoras sabiamente encarriladas?

Si sois un genuino demócrata no es encerréis en vuestro despacho presidencial, cerrad vuestros oídos a los chismes y las intrigas de un grupo ocioso, parasitario y servil que gusta vivir pegado a la creja de los mandatarios. Salid, ved y oid, directamente, con vuestros ojos y vuestros oídos, no por encargo oficioso de ningún soplón, las cosas que dice, siente, piensa y quiere el pueblo.

Acordaos del sapientísimo aforismo de Cavour: «Los políticos como los maridos son siempre los últimos en enterarse de cuando empiezan a ser impopulares.» Romped, pues, la muralla de los grupos íntimos y asomac personalmente al balcón de la vida real que da al mundo del trabajo, la lucha por la vida, las necesidades, las angustias, los anhelos y las esperanzas reales de vuestro pueblo. ¡No os dejéis, por Dios, secuestrar la verdad de los problemas vitales de la nación!

González Flórez tuvo el enorme talento político-pedagógico de saber comunicar su programa e ideales de gobierno a un pueblo escribiendo sus hermosos folletos sobre el sistema tributario que grava la fortuna de los ricos en contra del que grava el bolsillo de los pobres, especie de cartillas de economía política llenas de sencillez, lógica y claridad, que luego hacía difundir en todo el país, pero le faltó el talento de completar su obra de viva voz, mostrándose y haciéndose oír de las multitudes cuantas veces fuese menester, saliendo a la calle a respirar el aire oxigenado de la plaza pública en vez de pasarse el día y la noche respirando el viciado ambiente de los eternos y odiosos cabildos palaciegos. Por eso, precisamente, fué víctima de un cuartelazo, sin que el pueblo, que casi no lo conocía de vista, se diese siquiera por notificado.

Os toca echar al suelo con los intereses

creados del viejo régimen que fué un gobierno de clase, entre otras supercherías intelectuales, la superstición de los estadistas, sucesores de los antiguos oráculos religiosos, que aunque han cambiado de liturgia continúan desempeñando para la imbecilidad pública la misma función embaucadora. El caso de los estadistas en Costa Rica es el mismo caso de los «científicos» en México. Los unos fueron cómplices de los Tinoco y los otros el pedestal del porfirismo. Pero la simpática Revolución mexicana barrió a los tales científicos, los cuales creían que sin ellos la Nación perecería irremisiblemente. «No queremos hombres de ciencia sin honradez; preferimos los hombres honrados sin ciencia.» Tal era la lógica inflexible del pueblo azteca. Los otros deben hacerse suya la frase.

Ya es tiempo que se le enseñe al pueblo a examinar sus ídolos de cerca para que descubra con sus propios ojos la grósera treta de que se les ha hecho víctima cada vez que se arropaba uno de esos señores hinchado de personajismo y hueco de ideales con el pomposo título de «brillante sabio» o eminente «estadista».

¿Qué han hecho de grande, noble y nuevo vuestras eminencias leguleyas por el pueblo de Costa Rica? ¿Dónde están sus obras, sus sacrificios, sus heroísmos, sus postulados innovadores de la democracia?

¿En qué consiste su evangelio político, su doctrina social, qué derroteros han marcado a las actuales generaciones para salir del mundo de la rutina, el atraso, la esclavitud económica, la mugre, la miseria y la ignorancia en que yacen todavía la mitad de los hijos del país?

No han hecho nada: todos subieron y bajaron sin hacer nada grande y duradero; todos fueron pilotos sin brújula y sin norte, es decir, políticos sin ideales ni programa, todos fueron sombras humanas que se corporizaron un instante y luego se desvanecieron lentamente, sin dejar rastros y sin hacer ruido. Es decir, lo único que dejaron aquellas adormideras cívicas fué la enfermedad del sueño, el hábito de la hamaca, la anestesia moral en el alma de la Nación y por consiguiente la tolerancia del mal que no es otra cosa que la forma pasiva de la inmoralidad humana.

¡Ah, cuando vuestro pueblo haga inteligentemente su balance para ver qué es lo que les debe a sus «ilustres estadistas», con qué monumento de manifestación nacional se va a encontrar en cada uno de aquellos señores que todavía ayer reverenciaba como a uno de sus próceres!

Yo he estudiado ciertos problemas naciona-

des vuestros y me he asombrado de que un pueblo tan inteligente y gobernable haya tenido años tan retardatarios y tan estériles.

No he encontrado en vuestra legislación ni rastro de la legislación social moderna que revele al transeúnte que no sois ajenos a los problemas humanos que tenéis diariamente a la puerta de vuestros hogares. En materia de ideas económicas, estaban vuestros ilustres estadistas en la edad de piedra hasta antes de González Flórez.

En el ramo de la Instrucción Pública habéis tenido la suerte de poseer buenos educadores y la desgracia de no tener administración escolar, de modo que la obra de vuestra cultura ha marchado a pesar de vuestro desgobierno por obra y gracia del magisterio nacional. No quiero hablaros de los otros ramos ni tengo la pretensión de trazaros un programa de gobierno, lo cual sería una irritante petulancia de mi parte, pero sí he querido repicar a vuestros oídos las mismas cosas que posiblemente os han insinuado ya vuestros leales amigos y que sin duda han cristalizado, también, en vuestra alma en convicciones íntimas y en propósitos irreductibles, pero que siempre es útil remachar al rojo blanco. Pude haber condensado esta carta en una

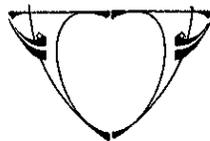
pregunta y una respuesta: ¿Quiere usted, señor candidato único, hacer obra de salud social? Guárdese entonces de escoger elementos averiados o enfermos del viejo régimen precintuista, y escoja elementos sanos y útiles que contagien la salud y el optimismo a su alrededor, para que lo conduzcan a usted, cuyo corazón yo sé que es de oro y por eso mismo un gran peligro si no está blindado por una voluntad de acero, al pináculo de las glorias americanas, donde nadie le disputará a usted el mármol o el bronce perpetuador de su memoria y en cuyo plinto leerían las generaciones ticas venideras palabras como éstas:

“Julio Acosta, primer mandatario democrata que hizo un gobierno del pueblo; por el pueblo y para el pueblo.”

Con mis mayores augurios por el triunfo de vuestras brillantes dotes personales, en todo terreno, os reitero las sinceras protestas de mi admiración y simpatía.

JULIO R. BARCOS

(Del «Diario de Costa Rica», octubre de 1919).



Figuras del Proscenio

Lenin: El genio de la revolución rusa

ALBERT RHYS WILLIAMS

(Esta es la primera biografía autorizada que existe del gran caudillo de la Rusia Soviet. La tomamos del número de Noviembre de "The Call Magazine")

Sus primeros días

EL verdadero nombre del Premier de Rusia no es Nikolai Lenin, sino Vladimir Ilyeh Ulianov. Nació en Abril 10 de 1870, en Simbirsk, una provincia a orillas del gran río que los rusos designan con el nombre cariñoso de «la madre Volga».

En algunos relatos se le presenta como hijo de un labriego, en otros como hijo de un noble. Ambas cosas son ciertas.

En la antigua Rusia toda persona que llegaba a ocupar ciertos cargos oficiales, como Capitán de Marina, Coronel del Ejército, o Consejero de Estado, automáticamente se elevaba al rango de noble. El padre de Lenin aunque era de origen humilde se levantó a la posición de Consejero de Estado. Así Lenine puede designarse indistintamente como «hijo de labriego» o «hijo de nobles», a gusto del escritor. La madre de Lenin, María Alexandrovna, poseía una pequeña finca en la provincia de Kazan y después que murió su marido se le pasaba una pensión.

El padre de Lenin fué maestro en un colegio y luego Inspector de Escuelas. Entusiasta de la instrucción, siempre se le veía por todas partes alentando y ayudando toda clase de empresas intelectuales. En sus cinco hijos, tres muchachos y dos niñas, sus entusiasmos lograron una espléndida respuesta. Su casa llegó a ser una pequeña universidad de por sí, en la que todos manifestaban una gran devoción por el arte, la música, la ciencia y la literatura. De esta comunidad de inclinaciones sugió un íntimo y cálido espíritu de familia. Todos los hermanos y hermanas se profesaban entre sí el más profundo afecto, que hacían extensivo a sus padres.

Sensitivos en alto grado para las cosas del entendimiento, poco a poco su sensibilidad reaccionó también fuertemente ante los sufrimientos de las grandes masas. La belleza e intensidad de su propia vida doméstica presentaba tal contraste con lo sombrío y miserable de la vida de millones de seres a su alrededor, que pronto el goce de su propia libertad quedó nublado por el espectáculo perenne de la esclavitud de las masas que gemían bajo la tiranía del zarismo. Paralelamente con su pasión por el estudio, comenzó a enseñorearse de sus almas una pasión creciente por el pueblo. Uno tras otro los miembros de aquella familia fueron comprometiéndose en la obra magna de la liberación y educación de los obreros y labriegos.

La ejecución del hermano de Lenin

En Mayo 20 de 1886 ocurrió una tragedia que se supone produjo una profunda impresión en Lenin. Su hermano Alejandro fué ahorcado en el patio del castillo de Schlussemburg.

Alejandro era un joven de brillantes dotes. Era soñador, amante de la música y gustaba de vagar por los bosques y de dejarse deslizar en bote por las aguas del Volga. También era un gran trabajador y un estudiante aprovechadísimo, siempre a la cabeza de su clase y llevándose la medalla de oro de fin de año.

Con su hermana Ana ingresó en la Universidad de San Petersburg. Allí laboró con extraordinaria intensidad, asistiendo a las cátedras asiduamente, trabajando en el laboratorio, escribiendo un tratado sobre los órganos visuales de los gusanos, conquistando un premio en Zoología, devorando libros sobre Ciencias sociales, redactando un programa de partido, traduciendo una obra sobre la filosofía de Marx, organizando sociedades, haciendo propaganda entre los trabajadores de los muelles, ayudando a los estudiantes pobres y aun empeñando su medalla de oro para socorrerles. De lo único que se quejaba este extraordinario muchacho era de que sólo podía trabajar diez y seis horas al día.

Pero en todo este tiempo su rebeldía con-

tra el despotismo del Zar iba creciendo. Los atropellos brutales de los reaccionarios lo indignaban de tal modo, que acabó por caer abiertamente del lado de los revolucionarios. Un día organizó una manifestación para rendir honores a la memoria del poeta Dobreliubov, pero fué disuelta por una patrulla de cosacos que arrestó a muchos estudiantes. Alejandro acabó por afiliarse a una asociación de terroristas conocida con el nombre de «La voluntad del pueblo». Una conspiración de esta sociedad para matar al Zar fué descubierta por la policía secreta y 15 miembros fueron procesados.

En el juicio, Alejandro rehusó los auxilios del abogado y no negó ninguno de los cargos que se hicieron contra él. Su principal cuidado era el evitar comprometer a los que estaban complicados en el asunto. El fiscal dijo de él: "Este acusado se ha declarado culpable de todo, probablemente tanto de lo que ha hecho como de lo que no ha hecho." Se dice que al proceder así salvó la vida de uno de sus más comprometidos compañeros de conspiración. En su discurso ante el tribunal declaró que estaba convencido de que en las circunstancias reinantes en Rusia el terror era el único medio posible de lucha política. Cuando se leyó el nombre de los cinco condenados a muerte, Alejandro Ilych Ulianov figuraba entre ellos.

Mientras esperaba el momento de la ejecución, su madre obtuvo permiso para verle. La primera vez que ella apareció en la celda él se arrojó llorando a sus pies y le rogó le perdonase el sufrimiento que le estaba causando. Pero trató de convencerla de que un hombre tenía deberes más altos que cumplir que los que imponen los padres y que en Rusia uno de aquellos deberes era el luchar por la emancipación política de todo el pueblo. Y cuando ella objetó que sus métodos eran terribles, le replicó él: "¿Pero que va uno a hacer si no existen otros?" La desolada madre le imploró que formulara una solicitud de clemencia, pero él se negó rotundamente a ello diciendo que tal acción no sería sincera. "Yo he tratado de matar a un ser humano—dijo—y por lo tanto ellos deben martirme a mí."

Mostró una gran ansiedad de que todos sus compromisos pendientes aun los más insignificantes fueran despachados antes de abandonar la vida. Recordando que a un pariente le debía treinta rublos, pidió a su madre que rescatase su medalla de oro (empeñada para ayudar a un estudiante pobre) a fin de saldar la deuda. Le pidió también que devolviese a sus dueños algunos libros que había cogido prestados y que estaban aún en su poder. En sus esfuerzos para consolarla, le

recordó que ella todavía tenía otros hijos y especialmente el niño y la niña que le seguían en edad y que acababan de terminar sus cursos escolares distinguiéndose tanto como él mismo. Y en este espíritu murió en el cadalso levantado en el patio de Schlüsselburg.

El hermano a quien Alejandro designaba como consuelo para su afligida madre es el actual Premier de Rusia, que cumplía entonces 17 años.

Lenin como estudiante, organizador y desterrado en Siberia

Lenin asistió al colegio de Simbirsk, y allí fué su maestro Foeder Kerensky, padre de Alejandro Kerensky, el que fué jefe del Gobierno Provisional. No hay duda de que nunca le pasó por la mente a este maestro de escuela provinciano que su hijo Alejandro Kerensky iba a elevarse al más alto puesto en Rusia. Ni mucho menos pudo imaginar jamás ni aun en sus más locos sueños que el joven miembro de la familia Ulianov, aquel mozo serio y sereno que asistía puntualmente a la escuela, estaba llamado a ser para el mundo entero lo que es hoy Lenin, el hombre de voluntad de hierro que iba a alzarse y a arrebatarse el poder a su hijo para guiar con mano firme los destinos de la gran Rusia en lucha contra un mundo de enemigos.

Después de graduarse en el colegio de Simbirsk, Lenin entró en la Universidad de Kazan. Su carrera allí fué muy corta, pues fué expulsado por predicar el socialismo y por haber tomado parte en una rebelión de estudiantes. Se graduó luego de abogado, pero no defendió sino una causa.

En 1891 salió de las provincias y entró en la gran metrópoli que se alza a orillas del Neva. Mientras estudiaba Derecho y Economía en la Universidad de San Petersburgo publicó un notable tratado sobre el marxismo, que inmediatamente lo dió a conocer como una autoridad en asuntos sociológicos. Plekhanov, el padre del socialismo ruso, al leer este tratado dijo: "Algún día este joven dará que hacer." Fueron estas palabras proféticas. Quince años después Lenin ocupó la jefatura del partido social democrático sucediendo a Plekhanov, al mismo a quien 25 años más tarde había de expulsar del gran Congreso de las Soviets.

Pero las autoridades rusas de aquel tiempo, 1891, empezaron a creerle un personaje demasiado peligroso, pues ya desde sus comienzos ponía tanto fuego en la teoría como en la práctica de sus doctrinas y en cuerpo y alma se había entregado al movimiento socialista. Al organizar la "Unión para la libe

ración de la clase artesana," se convirtió en un prominente caudillo de los obreros.

No se comprometió jamás en ninguna conspiración terrorista como lo había hecho su hermano Alejandro, sino que se dedicó a instruir a los obreros en Política y en Economía. Pero para el Zar cualquier campeón del pueblo era por fuerza un enemigo del Gobierno. No tardó, pues, en dejar caer su pesada mano sobre Lenin. Un úkase imperial expedido en Enero 29 de 1897 condenó a éste a ser arrestado y desterrado a Siberia.

Propagandista y organizador en Europa

Con miles de otros valientes e iluminados hijos de Rusia, emprendió la ruta que conduce a las vastas llanuras del Asia. Siberia, sin embargo, no significó para él únicamente silencio, nieve e inacción. Significó una espléndida oportunidad para pensar y estudiar. En la aldea de Vshenskoy se entregó a una labor incesante de cerebro y de pluma. De esta labor son hijas numerosas obras que aparecieron bajo los títulos de «Hlych», «Hlin», «Hlyn» y «Lenin».

Al expirar el término de su condena, se le prohibió residir en ninguna de las grandes ciudades y centros manufactureros o universitarios de Rusia. Tuvo, pues, que escaparse de su país y comenzó entonces su nueva carrera en la Europa Occidental. Con Plekhanov, Martov, Axelrod y Zasulich, fundó el periódico «Iskra», que pronto fué el órgano de todos los socialistas rusos en el destierro. En este centro de revolucionarios ardorosos Lenin desarrolló sus grandes facultades de organizador. A él fueron acudiendo de todas partes las gentes jóvenes que deseaban estudiar para prepararse a la obra de liberación. De este centro partía toda la propaganda que iba lentamente socavando los cimientos del monstruo del zarismo ruso.

Perseguido por toda la policía de Europa a instancias de la diplomacia rusa, Lenin vivió sucesivamente en Munich, Bruselas, París, Londres, Ginebra, llegando a ser esta última su residencia permanente. Su esposa Nadezha Krupskaya era la Secretaria del partido. Esta abenagada mujer destruyó su salud casi por completo por su agobiadora labor de copiar mensajes cifrados, escritos en tinta química invisible.

Lenin se hace líder de los bolshevikis

El partido social-democrático de Rusia se organizó en 1898. En su segundo Congreso celebrado en Bruselas y Londres en 1903 ocurrió la famosa discordia que dividió al partido. Lenin luchaba por un partido centraliza-

do con un cuerpo director que encausara todas sus actividades. En este y en otros puntos una minoría muy resuelta le presentaba encarnizada oposición. Se hizo imposible llegar a un acuerdo y el Congreso se dividió en dos facciones: los menshevikis, palabra que significa literalmente «miembro de la minoría», y los bolshevikis, «miembros de la mayoría». (Debe tenerse en cuenta que hoy no existe en Rusia ningún partido con el nombre de bolshevik. En 1918 el partido fué oficialmente bautizado con el nombre de Comunista).

Lenin fué declarado líder de los bolshevikis. Todas las celebridades de otros tiempos, incluso Plekhanov, votaron con él. Después Plekhanov se pasó a los menshevikis y se declaró su adversario. Aunque solo, en una tierra extraña, sin periódico y sin medios de acción, Lenin no se desanimó. Publicó en este tiempo su libro llamado «Estudios económicos» que alcanzó un gran éxito en Rusia. Con el dinero que este libro le produjo y con la ayuda de Lunacharky, Bogdanov y Vorovsky, fundó un nuevo periódico con el título de «Adelante».

En el Congreso de 1904, cuando el movimiento revolucionario estaba renaciendo en Rusia, Lenin planteó todas las cuestiones que iba a resolver más tarde como jefe del Gobierno Soviet: dictadura del proletariado, confiscación de la propiedad capitalista, desarrollo de la acción revolucionaria hasta sus extremos límites, preparación de la revolución rusa como preludio de la revolución socialista internacional.

En 1905 cuando estalló la primera revolución rusa, Lenin, cobijado bajo la amnistía general que se decretó entonces, regresó a su país. Pero cuando las fuerzas de la reacción volvieron a afirmarse en los estribos, huyó a Finlandia (1906), luego a Suiza (1907), y a París (1909). En este tiempo publicó dos periódicos, el «Demócrata Social», un periódico de propaganda, y el «Proletariado», periódico de doctrina socialista. Y fué a instalarse con sus compañeros a Crácow, cerca de la frontera rusa, donde podía estar en contacto con los revolucionarios y dirigir sus movimientos.

Lenin como escritor y pensador

Además de estas labores de propaganda, Lenin trabajaba asiduamente en muchos otros ramos de actividad mental. Wilcox, un escritor inglés, dice de él: "Como Karl Marx, nunca se sentía más feliz que cuando podía explorar los tesoros del Museo Británico. Uno de sus amigos nos ha dicho que él era

un entusiasta admirador de esta institución. Los ojos le brillaban cuando hablaba de ella y su sueño dorado era vivir en sus cercanías. En este museo fué que él encontró su recreo favorito en Inglaterra.

Hizo una traducción excelente del libro de Sidney y Beatriz Webb titulado «La Democracia Industrial». Sus propias obras son numerosas. Entre ellas sólo mencionamos las más importantes: «Desarrollo del capitalismo en Rusia», «Esbozos y ensayos económicos», «¿Qué tenemos que hacer?», «El penoso problema de nuestra campaña», «Un paso adelante, dos pasos atrás», «La crisis en nuestro partido», «Doce años», «Dos corrientes en el marxismo ruso», «El problema agrario», «Materialismo y crítica empírica», «Observaciones críticas a una filosofía reaccionaria», «El imperialismo como la última etapa del capitalismo», «El Estado y la Revolución».

Per desgracia, existen actualmente muy pocas traducciones de las obras de Lenin al inglés. Algunos de sus discursos recientes han sido coleccionados en un tomo muy bien editado que se titula «La revolución proletaria», publicado por la prensa comunista de New York. Un folleto titulado «Las Soviets en marcha», que ha publicado la Escuela Rand de New York, da idea del genio constructivo de Lenin.

Su regreso a Rusia pasando por Alemania

Cuando estalló la guerra europea, Lenin estaba en Austria tratando de que los obreros se rebelaran. Se le redujo a prisión, pero se le excarceló después gracias a las gestiones de los socialistas franceses. De regreso a Suiza, comenzó a agitarse en pro de la paz y de la Internacional. Tomó parte muy activa en la organización del Congreso de Zimmerwald. En Mayo de 1917, después de la caída del zarismo, deseó regresar a Rusia. Los gobiernos aliados se opusieron. Entonces aceptó las proposiciones del partido socialista suizo. El Canciller federal Platen y otros hicieron las gestiones necesarias para lograr que se le permitiera pasar por Alemania acompañado de cien revolucionarios más de todas las facciones rusas. Se ha citado este hecho como prueba de que los bolsheviks eran agentes alemanes; pero debe recordarse que en el mismo tren iban enemigos de Lenin y de los bolsheviks tan notorios como Axelrod, Martov y muchos más del partido mensheviks. Cuando llegó Lenin a Petrogrado, el pueblo, el ejército y la marina le tributaron una acogida triunfal.

A partir de entonces, la historia de Lenin se confunde con la de la revolución rusa.

José Batlle Ordóñez: el innovador

FOLCO TESTENA

(Reproducido de la revista argentina, "Nosotros")

No conozco el valor real de Artigas. Las opiniones de los historiadores no han llegado a crearme un convencimiento seguro; entre el caudillo brutal e ininteligente de los unos y el héroe nacional de los otros, hay lugar para una figura intermedia, que ejerció una decisiva influencia y asumió una alta significación histórica por la convergencia de muchos factores: el tiempo, el lugar, las personas, las circunstancias. De los otros hombres ilustres de la política uruguaya no sabría siquiera dar una opinión. Optimos varríos, pésimos algunos, no veo el hombre singular: Guizot y no Talleyrand, Capriotti y no Bismark, Rattazzi y no Cavour. Es necesario tener en cuenta que el Uruguay, como nación independiente, no tiene un siglo de vida; históricamente, los años de la dominación española se cuentan... al revés.

No sé si la admiración y el afecto puedan agrandar una visión, pero me parece que el hombre político verdadero, el estadista «creador» aun más que reformador, la mente que del conocimiento del pasado y de la previsión del futuro extrae la norma para el presente, el intérprete seguro de las necesidades del pueblo oriental en esta hora histórica, el hombre que vé y prevé está vivo y apenas ha entrado en la vejez: este es, José Batlle y Ordóñez.

Tiene sesenta y dos años. Jefe reconocido del gran partido colorado, dos veces Presidente de la República, delegado a la Haya, cuando los Congresos de la Haya eran solemnes asambleas internacionales, que la guerra, con su realismo brutal, debía más tarde cubrir de trágico sarcasmo, José Batlle y Ordóñez es el hombre más conocido y estimado en Europa, de todos los sudamericanos; en el Uruguay es amado por muchos hasta la idolatría y por muchos odiado hasta la maldición.

Tiene todos los mayores defectos que puede tener un hombre político: es, a pesar de todo, un óptimo padre de familia; se comprende, los adversarios no le perdonan sus defectos y éstos molestan aun a los amigos.

Su complexión física es adecuada a su temperamento; tiene la exterioridad del luchador. Viéndolo, se piensa en Dantón, esculpido por la adjetivación homérica de Carducci: «Pallido, enorme».

Periodista desde hace cuarenta años, su pluma es aún hoy una clava; no concibe la

academia, no se pierde en las teorizaciones. ¿Hay un fin que alcanzar? ¿derecho al fin! Con tal modo de ser, no se puede vivir en paz con el mundo; pero José Batlle y Ordóñez, bien que sea en el fondo un impenitente idealista, tiene del mundo, esto es, de los hombres, un concepto poco optimista; ha vivido mucho, ha vivido intensamente, ha vivido con prisa: conoce en consecuencia el alma humana, y de este conocimiento ha extraído la convicción de que un hombre, más que la simpatía de los otros, debe buscar la paz de la propia conciencia.

Cuando hablamos de la América del Norte podemos estar en duda, al determinar cual sea el hombre viviente que la represente y en cierto modo la sintetice. ¿Será Wilson?, ¿será Roosevelt? Pero para la América del Sud no hay lugar a dudas: entre los muchos hombres eminentes de los diez estados que constituyen la América meridional, hombres de singular valor que son ignorados en Europa y más aun en América, el que a todos sobrepasa, que no tiene término de comparación, es él, Batlle y Ordóñez; y a él se debe el que, no obstante los obstáculos, el Uruguay sea la primera de las naciones sudamericanas, a pesar del exiguo número de sus habitantes.

No pretendo escribir una entrevista. Relataré las impresiones recibidas en un largo coloquio con el egregio hombre; no lo que él dijo, sino lo que yo pensaba mientras Batlle y Ordóñez hablaba de su país, de la guerra, de la lucha entre la idea democrática y la idea conservadora.

En el pequeño gabinete de trabajo que el gran ciudadano tiene en la redacción de «El Día», en medio de la serenidad del ambiente, de los pocos retratos que penden de las paredes (el de Jaurés domina al de un gran estadista viviente), se respira, diría, aire de lucha.

José Batlle y Ordóñez habla reposadamente, con un no sé qué de cansancio, de mesurado, de religioso casi. A veces su mirada se enciende, y entonces os sentís turbados por la vivacidad de la pupila fija, y la voz tiene vibraciones secas, metálicas; después, los párpados caen, la voz se suaviza, las palabras surgen lentas; se adivina que aquel hombre automáticamente pesa palabra por palabra. quiere saber si la voz expresa fielmente el pensamiento; tiene como el escrúpulo de que pueda involuntariamente engañarnos, escondiéndonos una idea o presentándola trunca, alterada.

Hace varios años yo atribuí esta especie de temor al sentido altísimo de responsabilidad que caracteriza a este hombre; era en

tonces Presidente de la República, y era explicable su sobriedad de palabra, su cuidado de no decir nada más que aquello que era oportuno decir; en cambio en él el sentido de la mesura es hábito: sabe qué es lo que dice, qué es lo que puede decir: más allá, nada.

A hombres como éstos un periodista tiene siempre mil cosas que preguntar y de ellos hay siempre mucho que aprender; pero mi visita no tenía otro fin determinado que el de saludar al ciudadano admirado, el hombre de la democracia, uno de los más nobles exponentes del periodismo mundial.

Ningún hombre de estado ha comprendido y adoptado tantos postulados socialistas como José Batlle y Ordóñez en sus dos presidencias. Diversas reformas llevadas a cabo por la presidencia actual, corresponden de pleno derecho a la precedente: la ley que afirma el derecho a la vida para todos, en virtud de la cual cualquier ciudadano puede pedir al Estado el mínimo indispensable para la existencia, es concepción de Batlle. Y es notable esto: que cuando un gremio de trabajadores está en huelga, tiene derecho a pedir al Estado los medios de alimentación para sí y para sus familias; así, piensa Batlle, se elimina el caso, antes demasiado frecuente, de que los obreros, que tenían toda la razón de pedir y obtener un mejoramiento de sus condiciones de trabajo y de vida, se viesen, después de varios días, obligados a ceder sin haber obtenido nada, porque los patronos los vencían con el hambre.

La eficacia de esta ley es escasa por ahora: miseria verdadera no hay en el Uruguay y la clase obrera está organizada, y por lo tanto, preparada para la resistencia en los movimientos sindicalistas; pero el principio está ahí, sobre el edificio se ha plantado un pararrayos: mejor si el rayo no cae nunca o cae lejos, pero si tuviese que caer se ha previsto y provisto para, desarmarlo.

La otra ley de carácter social es la de las ocho horas de trabajo. Sin duda presenta algunos inconvenientes. Algún trabajador, por ejemplo, querría poder, después de trabajar ocho horas en un oficio, emplear algunas horas de la noche en un trabajo suplementario: la ley lo prohíbe y aquel operario debe renunciar a un aumento de ganancias que le sería utilísimo; pero este inconveniente parcial es compensado por varias ventajas, una más importante que la otra: ante todo se reduce a casi nada la desocupación, después se estimula individualmente al obrero a trabajar mejor para tener derecho a ser mejor recompensado, se desarrolla el espíritu y la responsabilidad de clase, obteniendo un mar

yor equilibrio entre el capital y el trabajo, tendiente a una siempre mayor elevación del pueblo; y así se da al obrero tiempo para repensar y para estudiar, con incremento notabilísimo de la cultura general y de la salud pública.

Sin duda la ley puede parecer intempestiva y la burguesía, naturalmente ávida, no se cansa de censurarla; pero el Uruguay es el país de todos los experimentos nobles y audaces: si en el campo económico tiene la ley de las ocho horas, en el campo moral tiene la ley del divorcio.

Sea como quiera, llore hasta que quiera Tartufo, la familia en el Uruguay, merced a la ley del divorcio, va volviéndose una cosa respetable.

Sin embargo, a pesar de esta su comprensión de la realidad socialista, José Batlle y Ordóñez es burgués de condición, de mentalidad, de educación, de espíritu: es el burgués por excelencia; si faltasen pruebas para confirmar este juicio, bastaría su convicción, traducida en actos, de la necesidad de un ejército fuerte.

El ejército del Uruguay, en relación al país, es enorme: y lo ha hecho tal, él. Por otra parte, es verdad que, después de la revolución de 1904, que costó la vida al caudillo Saravia, el partido blanco no ha osado más sublevarse y no ha hecho sino tentativas inanes, no obstante la ayuda de armas y municiones facilitada por Figueroa Alcorta: ahora bien, considerada como es la realidad política del Uruguay, esto es, la división del país en dos partidos que no transigen, queda por averiguar si no sea preferible pagar un poco caro el ejército a correr todos los riesgos de la guerra civil.

No hace mucho, los socialistas de Montevideo sostuvieron contra Batlle una larga polémica sobre este tema. La polémica fué iniciada en un semanario socialista; Batlle y Ordóñez invitó al socialista Mibelli a desarrollar sus ideas en las columnas de «El Día», que es su diario.

El gesto fué digno del hombre. Celestino Mibelli, joven de mucho ingenio, había sido por largos años redactor de «El Día», y había salido del diario por una divergencia con Batlle y Ordóñez; entre los dos no existía pues cordialidad de relaciones; pero cuando el propietario de «El Día», vió que su ex-redactor, queriendo combatir su política, se encontraba en condiciones de inferioridad faltándole un gran diario donde expresar sus ideas, ofreció el suyo: y fué en las columnas de «El Día» que la polémica se desenvolvió.

La lógica, se comprende, estaba de parte

de Mibelli, y Batlle salió de la polémica virtualmente vencido; pero como la lógica de las ideas no es siempre la misma que la lógica de los hechos, el pragmatismo de Batlle acabó por triunfar, en definitiva, del idealismo de Celestino Mibelli. El burgués y el socialista luchaban, en nombre de la realidad uno, en nombre de la idealidad el otro: uno tenía razón, el otro la tendrá; y Batlle no niega, afirma, por el contrario, que el mañana será para el socialismo; pero piensa que sin un ejército fuerte, hoy el partido blanco subvertiría la República, haría desmoronar todo el edificio de la democracia y con esto solo retardaría la realización del socialismo.

En la acción cotidiana de este hombre vibran todas las luchas, todos los temores, todas las esperanzas del Uruguay: él es más que un gran ciudadano, es un apóstol; y, lo que vale más, carece de cualquiera «pose». Como periodista es invencible en la polémica; y no limita su obra a los grandes artículos teóricos, a los llamados que son propios de los jefes, sino que redacta la noticia de erónica cuando en diez líneas se debe incluir una exhortación, un vituperio, una advertencia.

Desde hace algunos meses «El Día» realiza una terrible campaña contra los frailes, a propósito de un salesiano indigno que los clericales tratan de salvar con la habitual solidaridad de casta.

Los otros diarios, aun los «colorados», han indicado apenas el hecho, y después, para no turbar a su clientela, han callado, salvo aquellos declaradamente de sacristía. Y bien, leed esas notas cargadas de lógica y de espíritu con que «El Día» combate su batalla de la juventud, de la decencia y de la verdad: allí está la pluma de Batlle y Ordóñez, el cual, como periodista de raza, como hombre de principios íntegros, sabe que no es el tema el que da importancia al artículo, sino la fe con que se lo escribe y el fin que con él se quiere alcanzar.

Durante esta última estación de carnaval, los clericales y los blancos, que son entre sí como quien dijese pan y queso, trataron de boicotear las fiestas porque el Poder Ejecutivo no prohibió el disfraz eclesiástico: los otros diarios, mudos como peces; aún más, la mayoría han defendido la prohibición; pero «El Día» ha sostenido que no se debía prohibir a los ciudadanos que lo quisieren ninguna protesta contra el incalificable delito del salesiano; y «El Día» venció. No sólo esto, sino que para que la campaña tuviera efectos benéficos y el pueblo se habituó a distinguir entre fé y sacerdocio, entre religión y curia, entre cristianismo y frailetería, contemporáneamente a los artículos polémicos iba publi-

cando la fuerte novela de Octavio Mirbeau, «Sebastián Roch». Y mientras José Batlle y Ordóñez combate estas sus luchas de principios, trabaja con ahínco por realizar la fusión de las fuerzas coloradas y quitar así al partido adversario toda esperanza de victoria; mientras nada descuida para que en el país tenga incremento la educación física.

Ha podido comprobar, y se complace en ello, que desde el momento en que los ejercicios físicos han tomado desarrollo, la juventud uruguaya es más despierta, más alegre, más creyente en la vida. En cuanto al partido blanco, el único juicio que emitió ha sido una especie de queja: es un partido que no lee; tenía un diario propio y ha debido suspender la publicación porque faltábanle lectores; ¿cómo no temer a tal partido? Y el temor es tanto más justificado, cuanto que el partido blanco ha logrado, en las elecciones del 30 de Julio del año pasado, vencer a los colorados; jamás victoria alguna fué más vandeana que aquella; pero fué victoria. La concordia del partido colorado, que me place llamar el partido Garibaldino, es pues indispensable para que las masas ignorantes, especialmente las de la campaña, no sean conducidas como ovejas, por los hacendados y los frailes, a las urnas, a destruir el magnífico edificio construído, entre errores y golpes, por los colorados, en treinta años de gobierno renovador.

Sería interesante poder pintar el cuadro de la vida uruguaya cual se lo vé con ojo desapasionado, si bien amigo; pero en un artículo la empresa resulta imposible. Así, a

ojo desnudo, se ve un país pequeño, la población escasa, los recursos pocos y difíciles, las envidias abundantes, especialmente políticas, las capacidades individuales superiores a lo necesario, de donde resulta que habiendo una infinidad de jefes llenos de energías y de bravura, pero privados de quienes los secunden, los odios de partido son profundos e inextinguibles. Abundancia de ideales en pocos, abundancia de apetitos en muchos; servilismo e inconciencia en la masa rural, conciencia hacia las tendencias libertarias en el proletariado ciudadano; riqueza agraria concentrada en las manos de sesenta o setenta propietarios. Es un país que encuentra su equilibrio en una especie de desequilibrio profundo. Montevideo es al mismo tiempo una grande y hermosísima metrópoli y una aldea.

En este escenario campea en alto relieve la figura de Batlle y Ordóñez: él es como un titán que con robustos músculos contiene la avalancha de la reacción que amenaza constantemente precipitarse y al mismo tiempo empuja su país hacia lo alto, siempre más alto, en el cielo sereno de la democracia.

Si exceptuamos un busto de bronce sobre una base inestética que surge sobre las rompientes de la «meseta de Artigas», a lo largo del río Uruguay, el general Artigas no tiene todavía un monumento digno de su fama de fundador de la República; dentro de cincuenta años, si los hombres están aún afligidos por el mal de la piedra, en todas las ciudades del Uruguay se levantará una estatua de José Batlle y Ordóñez. Y en la base se podrá con todo derecho inscribir la frase de Artigas: «Con libertad, ni ofendo ni temo.»

Marzo de 1918.

